

Daniel Quiroga

Crónica musical.—

ESTE AÑO DE MOZART

Se cumplieron doscientos años desde que, el 27 de enero de 1756, nació en Salzburgo, Juan Crisóstomo Wolfgang Amadeus Mozart, según el acta de bautismo, hijo de Leopoldo Mozart y Ana María Pertl. El padre, profesor de violín, organista y segundo maestro de capilla, al servicio del príncipe-arzobispo de Salzburgo, se había establecido en esa ciudad en 1737, cuando llegó desde Augsburgo, su pueblo natal. La madre, nacida en Saint-Gilgen, a orillas del lago Abersee, en el Tirol, vivía en el plano modesto de las hijas de familia, aunque se hacía notar por la viveza de su carácter, y la alegría de que hacía gala. He allí un hijo más en aquella familia que contó siete hijos, pero sólo vió crecer a dos: "Nannerl", Ana María, cuatro años mayor que Wolfgang, y éste, llamado familiarmente "wolfgangerl".

Nada brillante, pero tesonero y eficiente, el padre Mozart enseñó a su hijo la técnica y guió sus primeros pasos por el campo musical. Mientras tanto, por línea materna, le llegaba un sentido alegre de la vida, una gozosa comunicatividad, un deseo de agradar que ya en sus primeros balbuceos le hacía preguntar a todos: "¿Me quieres, me quieres mucho?". Aquello fué lo que recibió como herencia primera de sus padres. Pero había venido al mundo con mucho más, henchido con una riqueza cuya raíz habría de buscarla en el misterio que da

origen a todas las cosas. El prodigio del genio no tardó en manifestarse; a los cuatro años Wolfgang ya es un músico, y luego a los seis comienza a darse a conocer por el mundo y a asombrarle. Pero transcurridos treinta años desde entonces, ha de apagarse su luz, y su existencia material volverá anónimamente a la tierra, nunca podremos saber dónde y en qué lugar preciso, por mucho que el resplandor de esos treinta años de creación nos llega, vivísimo, a través de dos siglos.

Nada tan opuesto a Mozart, en cuanto músico, que Wagner y su estruendosa mitología. Pero he aquí su reverente inclinación ante el autor de *Don Juan*: “El genio más prodigioso le ha elevado por sobre todos los maestros, en todos los siglos y en todas las artes”. Vehemente es, sin duda, esta apreciación. Pero ¿hay algo que no llena al asombro en esa sucesión de más de seiscientas composiciones surgidas de la pluma de Mozart? Escribió música desde los años en que los niños recién comienzan a garabatear sus nombres, y prosiguió en esta tarea, sin descanso, hasta poco antes de su entrega total a lo desconocido. Los minuetos escritos a los cinco o seis años, todavía bajo la mirada tutelar del padre, cada vez más próximo a ser superado por la maestría genial que surgía incontenible de aquel pequeño ser; el milagro de gracia, colorido e intención que se encierra en el *Singspiel Bastián y Bastiana*, que anuncia los amplios recursos de un músico teatral ¡a los doce años!; luego el torrente de sinfonías, divertimientos, sonatas, conciertos, cuartetos, misas, óperas y canciones, el incontable, profundo, alegre, variado y siempre equilibrado derramarse de un talento multiforme, resplandeciente y emocionado a la vez. Pesando todo esto, la precocidad casi inhumana, la intensidad de la creación, la calidad y variedad de sus producciones. ¿Nos parece todavía excesiva la apreciación de su antípoda estético?

Y todavía, aquel cúmulo de realizaciones musicales no apagaron ni oscurecieron la radiante sonrisa, el buen humor congénito, la ternura de hijo y de esposo, esa bondad de alma que le hizo atravesar por las intrigas palaciegas y la envidia mediocre, llevando intacta su fe en la divinidad y en el servicio de la fraternidad humana. Mozart, como hombre es tan admirable como músico, tan simple y transpa-

rente, tan rico en contenido ejemplar. ¿Cómo imaginar un niño cuyo sobrehumano talento no hace taciturno, sino, al contrario, retozón extraordinariamente directo, gozoso de mostrar sus hallazgos? Cuando, ya hombre, su vida de viajes le lleva lejos del hogar siempre hay en sus cartas, en esa correspondencia copiosa, llena de juegos de palabras, de fantasía alocada, de ese siempre presente buen humor, el recuerdo tierno para la madre o la esposa ausente. “Buenos días, mujercita querida. Espero que hayas dormido bien, que nada te haya turbado, que no te levantes precipitadamente, que no te enfríes, que no te agaches, que no te encolerices con tus sirvientes; que no caigas sobre el umbral de la puerta. Ahórrame todas las penurias domésticas hasta mi regreso. Siempre que esto no te cause molestia. Volveré a las...” Luego esas típicas explosiones de alegría alocada, que se traducen en aquella carta en que encarga a su padre que dé saludos a sus amigos... y acompaña una enorme lista de apellidos en orden alfabético, al fin de la cual le pide que duerma bien. O esta otra, en que, reclamando a su prima un retrato solicitado, escribe este *pandemonium*: “Mi muy querida sobrina, prima, hija, madre, hermana y esposa. ¡Truenos del mundo! ¡graznidos de la desgracia! ¡demonios, hechiceras y hechiceros! —batallones de calamidades que nunca terminarán! Elementos: aire, agua, tierra y fuego! ¡Europa, Asia, Africa y América! ¡Jesuítas, agustinos, benedictinos, capuchinos, franciscanos, dominicos, cartujos y padres de la Santa Cruz! ¡Holgazanes, bribones, puercos por montones! ¡Asnos, búfalos y bueyes! ¡Locos, zopencos y cretinos! ¿Qué maneras son esas? ¿Cuatro soldados y tres mochilas? ¿Cómo? He aquí un paquete y el retrato no viene!...”

Ignoró los odios y los rencores. Aunque sufrió golpes crueles, como los lazos tendidos en su contra por los músicos cortesanos que querían evitar la competencia genial, o las incomprensiones de un patrón altanero, el príncipe-arzobispo de Salzburgo, o el desengaño de su primer amor. Sirvió a Dios, con humilde fidelidad en su vida y en su música. No evitó la inquietud de la búsqueda filosófica, y trabajó en la Logia Francmasónica junto a altos dignatarios de la Corte, y a su colaborador, Schikaneder, el libretista de *La flauta mágica*. Este culto de la

fraternidad, quedó eternizado en valiosas páginas. Pero el mundo todo ha recibido de él el legado precioso de una obra, enorme obra, que quizá todavía no esté completamente catalogada. Con ella recibimos la luminosidad de su espíritu, la sapiencia ejemplar del compositor, la ternura de una vida humana llena de amor. A doscientos años de su nacimiento, todo el mundo civilizado rinde homenaje solemne a ese niño juguetero que preguntaba a todos: “¿Me queréis, me queréis mucho?” En todas las capitales del mundo, en este “año Mozart” se hará cuanto sea posible por darle adecuada respuesta.

MARIONETAS DE SALZBURGO

El año musical inauguró sus actividades con la presentación de las marionetas de Salzburgo, espectáculo fundado en la ciudad natal de Mozart hace ya cuarenta y tres años, por Termann Eicher y su familia. Este grupo ha llevado el arte de manipular los muñecos a un elevado grado de excelencia artística, mediante la selección de un repertorio en el cual figuran, en sitio preferente, las óperas de Mozart. Fué, así, una buena oportunidad de iniciar entre nosotros la actividad en torno a la música mozartiana, ya que el espectáculo de las marionetas, mezcla de irrealidad, fantasía y, a veces, sorprendente realismo, combinó la ambientación escénica y la caracterización de los personajes, con el fondo musical realizado en excelentes grabaciones magnetofónicas. De este modo, el escenario de las marionetas de Salzburgo ofreció el bello espectáculo de una versión de *La flauta mágica*, por muchos conceptos inolvidable, ya que la actuación de los muñecos, la movilidad escenográfica y la calidad notable de la parte musical se combinaron en forma por demás ajustada al espíritu de la obra. Entre otros números sobresalientes de este espectáculo se recordaron el programa mozartiano que incluyó la versión de la pequeña ópera *Bastián y Bastiana*, escrita por Mozart a los doce años de edad, y *Concierto en Schoenbrun*, dramatización de las anécdotas mozartianas en torno al concierto realizado por la familia Mozart ante la corte imperial austríaca. Menor fortuna alcanzó una versión afectadamente realista de *Don*

Juan, que no logró un vuelo imaginativo capaz de superar la inevitable limitación mímica de los muñecos. Fueron presentadas con gracia irresistible la opereta *El murciélago*, de Strauss, y el ballet *Cascanueces*. En *Pequeña Serenata Nocturna*, las marionetas de Salzburgo lograron revivir mucho de ese mundo juguetón y galante que rodeó a Mozart niño y sobre el cual proyectó la temprana luz de su genio.

FESTIVALES MOZART

Al inaugurarse la temporada musical, en mayo, iniciaron sus actuaciones los dos conjuntos orquestales con que cuenta ahora nuestra capital. La Orquesta Sinfónica de Chile, dependiente del Instituto de Extensión Musical y la Orquesta Filarmónica, dependiente de la Sociedad Filarmónica, entidad cultural particular de reciente formación. Ambos organismos saludaron al año Mozart con sendos festivales de obras del maestro salzburgués. Víctor Tevah, frente a la Sinfónica de Chile estrenó el Divertimento N.º 11 en Re mayor, K. V. 251, para oboe, dos cornos y orquesta de cuerdas, y la "Música Fúnebre Masónica" K. V. 477. El concierto en Do mayor para arpa, flauta y orquesta y la Sinfonía N.º 36 en Do mayor ("Linz") completaron el programa. Un buen número de ensayos y la competencia con que Víctor Tevah ha distinguido su trabajo interpretativo en las obras de Mozart, permitieron que este concierto festival lograra un elevado rendimiento artístico. La gracia alada, el juego rítmico y temático que da vida al "Divertimento", fué expuesta con limpidez y riqueza de matices; asimismo, la solemnidad funeral de la música masónica, escrita en homenaje a altos dignatarios fallecidos de la Corte austríaca, miembros, como Mozart, de la institución masónica, logró ser expuesta con el vigor y hondura expresiva que requería. Clara Pasini y José Habschied, en arpa y flauta respectivamente, hicieron sus partes solistas con entero dominio, y la versión de la Sinfonía de Linz, enérgica y grácil, fué una excelente clausura de un concierto que rindió adecuado homenaje a la obra de Mozart.

La Orquesta Filarmónica, agrupación orquestal de poco más de un año de existencia, se presentó también en un programa Mozart bajo la dirección del maestro Teodoro Fuchs, invitado para supervigilar la temporada. El programa comprendió el Concierto en Do mayor, para piano y orquesta K. V., con Oscar Gacitúa como solista. Un grupo de Arias de óperas, con la soprano Carmen Barros, la "Pequeña Serenata Nocturna" y la Sinfonía N.º 40 en Sol menor. Aunque se trata del más joven de nuestros conjuntos musicales, joven no sólo por el corto tiempo que lleva organizado sino por la circunstancia de estar integrada, en su mayor parte, por elementos recién egresados del Conservatorio, la Filarmónica acreditó un estado de franca superación en todos los aspectos. No quiere decir esto que su actuación haya sido impecable, pero en todo caso, las exigencias del programa fueron superadas por la eficiencia pedagógica del maestro Fuchs quien logró transpasar las naturales limitaciones de un organismo orquestal en formación. Así el Concierto para piano y orquesta y la Sinfonía en Sol menor, resultaron las mejores versiones, en las que se obtuvo una calidad sonora y una afinación y sincronización muy cuidadas. Musicalmente correcta estuvo Carmen Barros en el grupo de Arias de óperas. En la versión de la "Pequeña Serenata" faltó mucho de esa sensación de soltura técnica y fluidez melódica, que son imprescindibles para animar apropiadamente esta grácil y poética página.